MATER ET MAGISTRA

JOSÉ M. LÁZARO

CON la publicación de la encíclica de S. S. Juan XXIII, *Mater et Magistra,* la Iglesia Católica conmemora un gran aniversario: el del año durante el cual un Papa moderno, León XIII, conciliador, audaz e inteligente, habló por vez primera, en nombre de la Iglesia, de la condición de los obreros y de aquellas "novedades" que agitaban la sociedad del siglo XIX, enfrentándose a la vez con violencia al capitalismo y al socialismo.

La aparición del pronunciamiento de León XIII produjo un gran escándalo. Y de aquella antigua encíclica *Rerum Novarum,* publicada hace 70 años, en 1891, que arremetió contra el liberalismo económico, han nacido muchos movimientos que han permitido a los católicos conservar un lugar en la vida pública.

Las circunstancias de hoy no son para la Iglesia visible menos angustiosas que las de entonces. Por eso una nueva encíclica sobre los problemas sociales de los tiempos presentes, es esperada con espectación e impaciencia.

El siglo XX se acerca también a su fin. La revolución industrial de los tiempos modernos se ha extendido inexorablemente. Su ritmo se acelera cada año. Ha adquirido aspectos imprevistos. De su tronco han salido tres ramas desigualmente desarrolladas. El desarrollo mundial y monstruoso del capitalismo liberal se ha topado, desde 1917, con el nacimiento y evolución del comunismo ateo. Un mundo del Este en el cual la Iglesia se ve reducida al silencio ha surgido frente al mundo liberal del Oeste, donde las iglesias comenzaban también a ser abandonadas voluntariamente por los fieles, que la civilización del confort, del Estado Providencia y las diversiones de todas clases empujaban a la indiferencia. Y he aquí que ahora aparece un tercer mundo: el de los países del sol, el de los pueblos hambrientos, mundo que se libera a su vez en diez años, sacudiendo con sus revueltas y con sus trasformaciones a mil millones de seres humanos, muchos de los cuales se educaron en la fe de Cristo.

Un Fidel Castro y un Lumumba fueron al principio, no hay que olvidarlo, hijos de la Iglesia y alumnos de curas. Su formación nada tiene que ver con la de un Lenin o de un Trotsky, y, sin embargo, después de varios meses o poco más de poder, se unen a ellos al rechazar la disciplina de la Iglesia. ¿De qué lado va a caer el tercer mundo? ¿Va a abandonar también la casa de Dios?

Esta visión espiritual del tiempo presente da todo su peso a la encíclica *Mater et Magistra,* publicada a un año plazo de la reunión del Concilio, escrita en un momento trágico, en que la Iglesia Católica se encuentra cogida entre la vieja y lenta descristianización occidental de los países laicizados, la persecusión de los países comunistas y las vacilaciones revoltosas de los países de misión.

La dulzura pastoral

Una primera lectura de la encíclica asombra. Cada Pontífice tiene su manera de escribir. La de Juan XXIII es la dulzura pastoral. No se encuentran en este texto, considerable por la dimensión y el contenido, aquellas fórmulas mordaces, aquellas fulminaciones contra tal o cual doctrina que a veces suelen hallarse en los escritos de los predecesores del Pontífice actual y que daban cierto relieve a una prosa inevitablemente gris. Bien visto ella resulta una novedad excelente.

Este Papa que predica "la colaboración leal con los incrédulos en materias que son en sí buenas", es decir, en materia de producción económica y de relaciones sociales, comienza por dar el ejemplo de un espíritu pacífico. Trata en un momento dado, y ello era inevitable, de las persecuciones de que la Iglesia es objeto en una parte del mundo, pero lo hace discretamente, como lamentándolo, con una pena respetable, sin nombrar a nadie, y señalando con cierto dejo de humorismo que las doctrinas erróneas envejecen y se embotan. Ojalá imitaran en esto al Papa aquí en Puerto Rico algunos eclesiásticos.

Una segunda lectura nos permite descubrir novedades más importantes al lado de las inevitables repeticiones en favor de la propiedad privada, de su difusión entre todas las clases sociales, de la importancia de la iniciativa privada, de la necesidad de pagar adecuadamente a los obreros, de su participación en la propiedad de la empresa, del carácter sagrado del trabajo y de la situación aflictiva de los trabajadores.

Pero antes de hacer el inventario de las novedades de la encíclica, detengámonos a considerar la insistencia que pone la Iglesia, por la pluma de sus Pontífices, en defender a cada persona humana. De-

cíamos que en una primera lectura del texto, al topar con tantas repeticiones, nos preguntábamos por qué repetiría el Papa tales cosas. Después de reflexionar, el asombro da paso a la admiración frente a una obstinación tan legítima.

Es bueno, sí es bueno, después de todo, que haya una institución inquebrantable que nos recuerde, en momentos en que el desarrollo técnico y los métodos dictatoriales llevan al aplastamiento del individuo, que cada niño hambriento que vaga por las calles de Bombay, cada trabajador de fábrica que envejece en Stalingrado, cada cortador de caña de azúcar de un país de la América Latina, cada mujer que vive encerrada en una medina del Africa del Norte, tiene tanta importancia como todos los ricos de la tierra, y que son todos, individualmente, sagrados y respetables. La Iglesia no olvida jamás a nadie. Y cuando tiene que escoger, cae siempre del lado del pobre.

"Una profunda amargura embarga Nuestro ánimo", escribe Juan XXIII, "ante el espectáculo inmensamente triste de innumerables trabajadores de muchas naciones y de enteros continentes, a los cuales se les da un salario que les somete a ellos y a sus familias a condiciones de vida infrahumana. Esto, sin duda, se debe, además, al hecho que en aquellas naciones y en aquellos continentes el proceso de la industrialización está en sus comienzos o está todavía en fase no suficientemente avanzada".

La idea de la socialización

"Pero en algunas de esas naciones la abundancia y el lujo desenfrenado de unos pocos privilegiados contrasta de manera estridente y ofensiva con las condiciones de extremo malestar de muchísima gente; en otras se llega a obligar a la actual generación a vivir con privaciones inhumanas para aumentar la eficiencia de la economía nacional conforme a ritmos acelerados que sobrepasan los límites que la justicia y la humanidad consienten; mientras en otras naciones un elevado tanto por ciento de la renta se consume en robustecer o mantener un mal entendido prestigio nacional o se gastan sumas enormes en armamentos".

Después de haber recordado con insistencia que el individuo tiene prioridad sobre la sociedad, Juan XXIII acepta la idea de la socialización en la vida moderna. Analiza su desarrollo. Señala su origen, que no está sólo determinado por el poderío de la técnica, sino querido por los hombres, y fruto de la tendencia natural de los seres humanos a asociarse para la consecución de los objetivos que superan

la capacidad y los medios de que pueden disponer los individuos aisladamente. Acoge sus ventajas.

Esta encíclica, que no condena explícitamente el socialismo, admite que la socialización puede ser buena. Así también, después de haber recordado la importancia de la propiedad privada, el Papa acepta la idea de que el Estado posea la propiedad de los medios de producción cuando éstos "llevan consigo un poder económico tal, que no es posible dejarlo en manos de personas privadas sin peligro del bien común". Esto está muy bien, pero la fórmula, tomada por Pío XI, puede llevarnos muy lejos. El autor de este artículo no ve, por lo demás, ningún inconveniente en ello.

Las novedades de la encíclica presentadas y queridas como tales, son los puntos que tratan de la agricultura y los pasajes consagrados al tercer mundo. Es evidente que la situación de la economía rural y de los trabajadores agrícolas atormenta a Juan XXIII, campesino de origen y que sabe de lo que habla. Desea a todo precio suprimir los desequilibrios que existen entre los sectores rurales de la producción y los sectores industriales. Cuando se refiere a este tema abandona su prudencia habitual, para, descendiendo del plano de los principios, aconsejar soluciones concretas que son, por cierto, razonables.

Estas no excluyen la Reforma Agraria cuando ello sea necesario. El Papa la postula, incluso implícitamente, al afirmar que la mejor forma de explotación agrícola es la que se acomoda a las dimensiones de una familia. Los dueños de latifundios deben meditar este pasaje.

En cuanto a los países del tercer mundo, éstos son objeto de gran solicitud por parte del Pontífice. Para Juan XXIII "el problema tal vez de la época moderna es el de las relaciones entre las comunidades políticas económicamente desarrolladas y las comunidades políticas en vías de desarrollo económico".

Los cristianos que viven en países económicamente desarrollados son instados a venir a socorrer a las regiones económicamente débiles, a enviarles expertos, a ayudarles a salir de su atraso, a respetar sus características nacionales, a evitar los errores de la colonización económica.

El sentido de la fraternidad

Hay que evitar un gran peligro: "...la tentación mayor que puede hacer presa en las comunidades políticas económicamente desarrolladas es la de aprovecharse de su cooperación técnico-financiera para influir en la situación política de las comunidades en fase de desarro-

llo económico, a fin de llevar a efecto planes de predominio mundial".

"Donde esto se verifique se debe declarar explícitamente que en tal caso se trata de una nueva forma de colonialismo, que por muy hábilmente que se disfrace, no por esto sería menos dominadora que la antigua forma de colonialismo, de la cual muchos pueblos han salido recientemente; nueva forma de colonialismo, que influiría negativamente en las relaciones internacionales, al constituir una amenaza y un peligro para la paz mundial".

Si la parte de la encíclica consagrada a la agricultura es la más tierna, ésta es sin duda la parte más dura de este texto. Los cristianos son requeridos a tratar de mantener la presencia de la fe en Cristo entre los pueblos de color naturalmente creyentes, aunque ya embriagados por su joven independencia.

Una carta encíclica sobre los problemas económicos y sociales de estos tiempos sólo constituye una enunciación de principios, una serie de consejos, un conjunto de esclarecimientos sobre una situación histórica determinada. Ella deja en libertad a los fieles, y el texto así lo precisa, con respecto a las aplicaciones prácticas.

Esta encíclica presenta incontestables méritos. Es positiva. No rechaza las realidades y las ventajas técnicas del mundo moderno. Exige incluso su extensión al mundo rural para el cual demanda justicia. Toma posición franca en favor de los pueblos del tercer mundo. A pesar de su tecnicismo está escrita en un estilo sencillo y la anima en todo momento un sentido de la fraternidad entre los hombres.

Mucho es esto si se piensa que el autor del texto no liga en ningún momento su enseñanza a ninguna política determinada. Por otra parte, sólo teniendo presente la antigua distinción entre lo espiritual y lo temporal podrá la Iglesia orientarse bien, si desea franquear sin graves daños temporales este fin de siglo, si desea sobre todo recobrar y guardar intacta su juventud apostólica.